

NUEVA YORK IV

Esta noche en que te apagas, Clara,
he rodado escaleras abajo de mi torre
tan absurda, hasta la calle Treinta y Cuatro
y, como una trinitaria del llanto, atravesado,
he salido en busca de un brebaje, una poción,
que te arrancase de las uñas de la Nada.
He ido zarandeando por sus cuellos
a todos los maniqués que pasaban, pegados
a los muros, con cubos e inmundicias,
olfateando el rastro de vuelta a sus vitrinas.
A golpes rabiosos y violentos, les he arrebatado
sus bolsas de estraza, blandas de café flojo,
sus cartapacios, sus tarjetas y sus calvas:
pero ninguno parecía saber nada de nada.
Luego he recorrido furioso cien librerías,
y he vaciado por los suelos diez estanterías
de libros como adoquines, llenos de fotos médicas,
pasando las hojas agitado, fuera de mí mismo.
Pero las letras, las diminutas estatuillas de la lengua,
estaban todas comidas, las formas disolutas.
Más tarde he ido a los hospitales, después a las cloacas,
a las casas de juego, a los prostíbulos, sudando,
al Empire State, a lo más alto de las Torres,
y, por fin, he deshecho las casetas de cartón
de los mendigos, a patadas salvajes y enconadas.
Luego, he mirado al cielo, ya borracho y cimbreado,
de furia, de rabia, de caspa envenenada.
Se ha hecho de súbito una calma autoritaria
y yo, a pesar del océano, en ese instante,
he sentido que mi cuerpo agitado y resollante
era fatalmente atravesado, de parte a parte,
por el chispazo congelado de tu muerte.

(1998)